

CARTAS DE VIAJE DE 1699
DEL P. FELIPE DE LA LAGUNA, S.I.

Traducción con introducción y notas de
WALTER HANISCH ESPÍNDOLA, S.I.
Academia Chilena de la Historia

INTRODUCCIÓN

Muchas son las formas en que los viajeros han dejado las huellas de su paso fugitivo por tierras y mares, y una de singular importancia son las cartas de viaje. El P. Felipe de la Laguna nos ha dejado cuatro: tres de ellas nos narran el viaje que hizo desde Cádiz a Santiago de Chile en 1698 y 1699, y la cuarta nos cuenta el viaje por el camino de las lagunas, de Nahuelhuapi a Chiloé, en 1704, publicada en 1874.

El viaje de 1698-1699 a América fue narrado por el P. Antonio María Fanelli en dos relaciones: una desde Cádiz a Buenos Aires, y la otra de Buenos Aires a Santiago. Fueron publicadas en italiano (Venecia, 1710), en un folleto de 63 páginas. Traducidas al castellano, han sido reeditadas varias veces. Otro de los viajeros, el P. Juan José Guillermo, según narra su vida: "se divertía en ir componiendo un itinerario de todo lo que pasó en la navegación, el cual se leyó con gusto en Buenos Aires y se sacaron de él varias copias para remitirlas a muchas partes de Indias y de Europa". Esta es la única noticia que hay de este itinerario. El tercer narrador es el P. Felipe de la Laguna, que escribió tres cartas latinas al P. Santiago van Eyl, S.I., penitenciario en Roma. Se conservan en copia en el Archivo Romano de la Compañía de Jesús (Chile 5, 266-277 v.). Estas cartas se presentan aquí traducidas al castellano.

El autor de estas cartas, el P. Felipe de la Laguna, cuyo apellido, van der Meeren, él castellanizó, nació en Malinas el 8 de octubre de 1667 e ingresó

a la Compañía de Jesús el 28 de septiembre de 1683. Terminado el noviciado hizo los primeros votos el 29 de septiembre de 1685. Estudió en la Compañía las humanidades, filosofía y teología, e hizo cuatro años de magisterio enseñando gramática. Recibió la ordenación sacerdotal en Malinas el 28 de septiembre de 1697.

Se incorporó a la misión de los jesuitas que trajo a Chile el P. Procurador Miguel de Viñas, conocido por su obra filosófica publicada en Génova en 1709, en tres volúmenes, con el nombre de *Philosophia scholastica*. La misión fue numerosa y se añadieron a los 34 jesuitas 11 franciscanos, porque, por la gran cédula misional de 11 de mayo de 1697, no alcanzaban a cumplir las obligaciones, que ésta imponía. En ella se resuelve: crear una Junta de Misiones, señalar a cada orden religiosa (jesuitas y franciscanos) la parte de provincia o terreno que pareciere, prohibir la creación de colegios incoados (deben ser de misioneros exclusivamente), reducir a poblaciones los indios dispersos, no quitar a los indios sus hijos para criarlos ni sus haciendas, señalar privilegios de indios en tributos y prohibir que puedan ser encomendados, fundar un colegio de caciques con 20 colegiales y tres religiosos que les sirvan de maestros, establecer o restablecer cátedra de la lengua de los indios, etc.

El viaje lo hicieron San Ignacio de Loyola y San Antonio de Padua en la nave Nuestra Señora del Triunfo, cuyo capitán era al mismo tiempo dueño de la nave y se llamaba Juan de Orbea.

Se embarcaron el 19 de abril de 1698, y llegaron a Buenos Aires el 31 de agosto: total cuatro meses y medio, cuando el viaje normal duraba tres meses. De Buenos Aires a Mendoza viajaron desde el 24 de noviembre de 1698 al 8 de enero de 1699; y de Mendoza a Santiago, desde el 20 de febrero de 1699 hasta el 5 de marzo, en que fueron recibidos en Santiago, dando término al viaje, en el que habían empleado casi un año. Muy breve fue la vida del P. Felipe de la Laguna en Chile: desde 1699 hasta 1707. Lo primero que hizo en Chile fue la Tercera Probación en Bucalemu (en un año destinado a la vida espiritual). En 1701 se encuentra en el Colegio de Arauco. En 1702 es enviado a Chiloé. En diciembre de ese año llegan los nombramientos de superiores, y el P. Matías Merlebeck, nombrado superior de Chiloé, debió ser subrogado por haber fallecido; se dio el cargo a Felipe de la Laguna, que lo supo en marzo del año siguiente. Aprovechó la circunstancia para ir a Santiago con el fin de obtener ser nombrado misionero de Nahuelhuapi, lo que consiguió del gobernador en circunstancias un tanto singulares. En ese mismo tiempo, aunque había dado el examen "ad gradum" para hacer los cuatro votos o la profesión solemne, como no se sabía el resultado, dio de nuevo el examen y fue aprobado, e hizo la profesión en mayo de 1703. Salió de Santiago el 23 de agosto de

1703 y llegó a Nahuelhuapi el 23 de diciembre. En el camino se enfermó su compañero, el P. Vicente Sessa, y debió abandonarlo; en su lugar fue enviado el P. Juan José Guillermo, que llegó el 4 de enero de 1704. Felipe de la Laguna hizo este año un viaje a Chiloé, del 22 de enero al 22 de febrero, por el camino de las lagunas, y otro a Valdivia, donde se hallaba en el mes de abril, con el fin de solicitar del gobernador de la plaza la protección para los neófitos. En las conversiones de los puelches y poyas trabajó sin conversiones ruidosas ni en gran número. Recorrió también regiones exploradas e inexploradas de la zona. Entre las primeras: Rucachoroi, Epulafquen y Cucaulio, donde bautizaron niños, especialmente moribundos, y viejos y viejas. "Visitaron no sólo las naciones que están alrededor, sino otras de quienes no se tenía noticia, como son los enechinchen y los huillipauros. Entraron hasta el mismo corazón de la cordillera, donde se encuentra mucha gente, de quien no sólo se trataba de su conversión, sino que no se sabía que hubiese tal gente. Vieron y anduvieron las tierras de Yahuavina, Cachaya, Talopelín y las orillas del río Limay arriba". No resultaban siempre amistosas las relaciones de los misioneros con los indios. Les irritaba mucho ser reprendidos por sus pecados y una epidemia de "cursos de sangre", que se llevó muchas vidas, que atribuían a una imagen de la Virgen que habían traído los brujos de las tribus. Aún más, decían que habían ido a vengar la muerte de su hermano, el P. Nicolás Mascardi, asesinado por Antullanca, que aún vivía, y que murió por este tiempo sin que los misioneros lo pudieran auxiliar. El 22 de octubre de 1707 decidió el P. Felipe ir a Concepción por asuntos de la misión. Salió sano de Nahuelhuapi, y en Collihuaca, tierras del cacique Jedihuen, se empezó a sentir mal; continuó hasta Rucachoroy, donde se agravó y pasó sus últimos días en un toldo de campaña, en el que falleció el 29 de octubre de 1707. Se supo su muerte por sus acompañantes, el alférez Lorenzo de Molina, de Chiloé, y tres indios chilotos. Su muerte se atribuyó a un veneno dado por los indios. Su trabajo entre los indios de Nahuelhuapi no alcanzó a cuatro años¹.

¹ El P. Felipe de la Laguna escribió algunas cartas, que forman la totalidad de su obra escrita:

1. Las tres cartas del viaje a Chile desde Cádiz, dirigidas al P. Santiago van Eyl, fechadas en Mendoza, 3 de febrero de 1699, Santiago, 6 de abril de 1699 y Bucalemu, 20 de octubre 1699, en copia en el *Archivo Romano de la Compañía de Jesús*, Chile 5, 266-277 v.

2. Relación del establecimiento de la misión de Nuestra Señora de Nahuelhuapi, sacada de una carta del Padre Phelipe de la Laguna, de la Compañía de Jesús. Es resumen de una carta hecho por el P.A.J.X. Niel, S.I. en carta al P. Dez, Rector del Colegio de Estrasburgo, Lima, 20 de mayo de 1705. Publicada en *Cartas edificantes y curiosas, escritas de*

CARTAS DEL P. FELIPE DE LA LAGUNA, S.J., AL P. SANTIAGO VAN EYL, S.J., PENITENCIARIO DE SAN PEDRO EN ROMA SOBRE SU VIAJE A CHILE (1698-1699)

I. Primera carta: Mendoza, 3 de febrero de 1699

Creo que por mi parte será agradable y por la suya no ingrato, que yo le escriba a su reverencia lo que pasa en estas partes, y que Ud. a su turno me escriba sobre las cosas que se hacen en Europa por la gloria de Dios, tanto prósperas como adversas. Y en primer lugar, mi viaje desde Cádiz al puerto de Buenos Aires en abril de 1698, que le escribo brevemente y espero le agrade.

Cerca de Cádiz estaban ancladas siete naves españolas, preparadas para viajar a las Indias y no esperando otra cosa que el viento favorable. Las tres mayores a expensas de Carlos Gallo, conducían, además de dos obispos y de las familias de los nuevos gobernadores, a los jesuitas destinados al Paraguay repartidos entre las tres, a pedido de los pasajeros. La cuarta esperaba cuatro misioneros capuchinos, que se dirigían al puerto de Cumaná, que está entre Brasil y México, no lejos del Ecuador; dos pequeñas iban a Cartagena, recientemente saqueada por los franceses, y a Portovelo, de donde los franceses se dirigieron a España. Y la séptima, en que iban embarcados los misioneros que iban a Chile, 13 franciscanos y 34 jesuitas, que se dirigía al puerto de Buenos Aires con las tres primeras naves. Se ordenó a todas ellas que fueran juntas hasta las islas Canarias, último límite de los piratas moros. Nuestra nave, si hay que creer a los hombres y a los rumores, era muy desproporcionada para un viaje tan grande por ser demasiado vieja y haber navegado durante treinta años muchos mares. Sin embargo, la experiencia enseñó que ninguna entre las siete era mejor. Hecha en Inglaterra y de roble, no dejó pasar el agua en todo el viaje ni siquiera por las rendijas y junturas. Subimos a esta nave mientras la gente nos lloraba como destinados al naufragio. Era el sábado

las misiones extranjeras por algunos misioneros de la Compañía de Jesús, traducidas del idioma francés por el P. Diego Davin S.J. Tomo v, pp. 133-153. Madrid, 1754.

3. *Historia de la Compañía de Jesús en Chile (1593-1736)*, Santiago, 1874, pp. 502-522: trata de Felipe de la Laguna en la misión de Nahuelhuapi y copia su carta del viaje a Chiloé.

4. Otros datos: de los Catálogos de la Compañía de Jesús de Chile correspondientes a los años 1701-1707, *Archivo Romano de la Compañía de Jesús*, Chile, tomo 3. El viaje en *Archivo General de Indias*, Sevilla, Contratación 5549, etc.

5. Carta sobre la vida del P. Juan Caudemberg, (o Juan de Montefrío), fallecido en Concepción, 17 de febrero de 1705, escrita en Nahuelhuapi, 28-X-1706, en *Archivo Nacional Santiago*, Fondo Varios vol. 254, pieza 35, 11 fs.

19 de abril y no volveríamos a poner pie en tierra hasta que llegáramos a América. Todavía tuvimos que permanecer un día más en el puerto de Cádiz, demorándonos los negocios del capitán, aunque el viento era propicio, y por la misma razón las otras naves del convoy estaban esperando. El 21 empezaron a darse a la vela, y he aquí que en el mismo puerto casi hubo un naufragio. Tan mal dirigían el timón, que se fueron contra una nave holandesa que estaba anclada; por el choque, ambas naves debieron quedar rotas, si el cielo no hubiese suavizado el golpe sin que sufriera nuestra holandesa el menor daño. Cuantas naves extranjeras había en el puerto de Cádiz preparaban sus botes para recibirnos, porque todos pensaban que íbamos a naufragar. Quiso Dios bondadosamente aumentar las esperanzas que habíamos colocado en él, porque se trataba de una cosa suya y de los indios. Libres del susto, proseguimos la navegación con un viento muy débil. El 22 arrojamos las anclas aún delante de Cádiz, porque el viento, de débil, se había tornado contrario y finalmente favorable. El 23, con las velas henchidas, nos dirigimos a las islas Canarias. La navegación es muy incómoda, porque, por lo largo del viaje, de tal modo llenan las naves de pasajeros y de carga que llega a faltar lugar para dormir. La litera en que yo dormía era tan angosta que no excedía los dos pies de ancho. Hay que añadir a esto las pulgas, los mosquitos, los lirones y ratones y las demás inmundicias de una nave española. Al principio del viaje tuvimos oportunidad de ver el miedo pánico de los españoles. Cerca del mediodía de este día aparecieron dos velas, que creyeron eran de piratas moros. Y como si esas dos fuesen capaces contra siete naves, se llamó al arma, principalmente en la nuestra, que iba la primera. Los más sensatos las creyeron amigas, y lo fueron. Pero no fue creído hasta que el capitán inglés (recientemente llegado de Lisboa) bajó al bote y saludó a nuestra nave con una salva de artillería. Y así, amigablemente, se separaron, el inglés hacia el Mediterráneo y los españoles al Atlántico. Aún no navegábamos tan separados que fuera necesario enviarse mensajes por medio de botes. La cosa sirvió de piedra de escándalo a tres hermanos coadjutores de nuestra misión, que debían ser admitidos en las Indias. Eran jóvenes italianos peritos en hilar telas de seda, los cuales, habiendo experimentado algunos días las incomodidades de la navegación, se lanzaron a una barca de pescadores y volvieron a Cádiz. El día 26 se vieron dos naves y de nuevo se tembló con miedo español. Y ninguno dudaba que eran naves enemigas y de piratas, pero a la vista de siete naves se retiraron hacia las costas africanas. El 27, cuando soplaba un fortísimo viento, un experto marinero encontró la muerte en el mar a causa de su temeridad. Enviado a no sé qué obra, trabajaba en las partes exteriores de la nave. Su compañero, como es costumbre, y más con un viento tan

fuerte, con una cuerda atada al pecho trabajaba más seguro, precaución que el otro, fiado de sí mismo, no había tomado; sacudido por el movimiento de la nave y el ímpetu de las olas, pereció lamentablemente en el mar. Inútil fue arrojarle tablas, sillas, bancos y amainar la vela. El 2 de mayo avistamos las islas Canarias, por lo cual nos separamos de las otras naves y continuamos solos la navegación. El 6 pasamos el trópico de Cáncer y entramos en la zona tórrida, y a Dios le plugo en este tiempo probarnos con dificultades moderadas. Y por eso el día 11 el viento muy favorable que teníamos se cambió por otro tan tenue que habiendo alcanzado ese día el grado décimo, el día 18 solamente alcanzamos hasta el séptimo grado y después quedamos detenidos en el mismo lugar durante un mes casi íntegro. Se invocó al cielo, y aún más, se hizo una misión y se ordenó a los padres españoles que predicaran, lo que hicieron con gran fervor. Después, una novena a San Francisco Javier y, luego, una a San Antonio de Padua. Pero quiso Dios ayudarnos principalmente por medio de la Virgen, a la que habíamos recurrido finalmente celebrando en su honor una octava; empezó a soplar el viento, que el 18 de junio nos puso en la parte austral del Ecuador, nos libró de la terrible malaria, de la cual ya no teníamos que temer más, porque el sol en este tiempo se acercaba a Cáncer y nosotros a Capricornio. Entre tanto, Dios recreaba a sus siervos con la pesca de unos peces sabrosísimos. Nadaban en tan gran número alrededor de la nave, que apenas se podían contar. Entre muchos de varias clases, había una especie que atraía los ojos de todos, porque cambiaba los mejores colores: áureos, plateados y verdes en la forma más admirable. Los españoles lo llaman dorado. El 26 pasamos el cabo de San Agustín; navegábamos maravillosamente y parecía que pronto íbamos a terminar el viaje, porque el 11 de julio habíamos alcanzado al grado 28 y el 20 del mismo mes llegamos a la altura del Río de la Plata, deseado con tantas ansias, cuando el 23 los vientos contrarios y después las horrendas tempestades, recogidas las velas y atado el timón, lanzaban de un lado a otro la agitada nave, ya al grado 38 austral, ya a las costas africanas, de modo que indistintamente se pensaba que no habíamos estado lejos del cabo de Buena Esperanza. Dos fueron las tempestades más notables: la primera, el 10 de agosto, y la segunda, el 22. Ambas nocturnas y aquella más terrible por la inmensa cantidad de relámpagos y por ver colocados sobre los mástiles los fuegos fatuos, que los católicos llaman “de San Telmo”; y ésta, más peligrosa por el ímpetu vehemente de las olas, pero feliz porque nos arrojó, a nuestro pesar, a una tierra vecina al río, y entonces cesó, como si Dios la hubiera provocado para poner a salvo a sus siervos. En efecto, ya estaba decidido dirigirse al puerto del Brasil, desesperados los marinos de poder entrar al río con la tripulación sana y salva,

faltando ya el agua y las provisiones, de tal modo que desde el 27 de julio al 19 de agosto ayunamos como ermitaños. El alimento se repartía una vez al día y consistía en dos onzas de pan, y a veces más, legumbres cocidas y cuatro o cinco aceitunas. La bebida era sólo agua y la cantidad que cabe en el vaso de latón que usan los novicios de Malinas para el vino. El vino era casi igual, pero no en tanta cantidad. Para aplacar a Dios se hicieron votos (mandas), se instituyeron preces nocturnas y se invocó a todo el cielo. Dios fue propicio, y para que quedara claro que Nuestra Señora tenía una parte muy importante en nuestra liberación, la víspera de la fiesta de la Asunción, después de la terrible tempestad ya mencionada, después de haberse resuelto la marcha atrás, se acercó la nave a la playa deseada, y la primera señal de haber llegado a tierra fue que la sonda alcanzó fondo. ¡Qué alegría, entonces, qué aplausos! Disminuía por horas la profundidad del agua y desde el mástil ya se veía la tierra. Esto sucedió el 17 de agosto, y el mismo día entramos en el Río de la Plata. Se encuentra en el grado austral trigésimo cuarto y tiene, según dicen, sesenta millas germánicas de ancho. Nosotros entramos por el norte, por el cabo de Santa María. Poco después de haber entrado, vimos la isla de los lobos marinos, que hay allí en gran número, llamada isla de los Lobos, después otra llamada Maldonado por su descubridor. Desde aquí se ofrece a la mirada una montaña de cierta magnitud, que se llama Montevideo, con nomenclatura al parecer portuguesa. Al llegar a este punto la navegación se dirige al sur por un espacio vasto, semejante al mar. Al ver la orilla austral y la tierra contigua a la ciudad de Buenos Aires, a todos les dio mucha alegría, parte por haber evitado los peligros del naufragio, en lo que toca a los hombres, parte por haber al fin encontrado aguas dulces. Aquí indico un error de los libros europeos de geografía, en los cuales, inducidos no sé por qué mala información, se dice que el Río de la Plata envía sus aguas con tanto ímpetu al mar que endulza las aguas más allá de su desembocadura, lo que encontramos ser muy ajeno a la verdad. Cerca de la playa encontramos un vado larguísimo, llamado por un inglés que pereció en él, el Banco del Inglés, el que felizmente pasamos.

El 23, cuando la primera vigilia de los soldados se hacía notar por el humo, el capitán envió en un bote las cédulas reales, que se le había ordenado llevar a las Indias, habiendo disparado once cañonazos en señal de respeto. Quedaba aún la última dificultad, que era un vado peligrosísimo, llamado Banco de Ortiz. Iba delante del buque una navecilla explotando con la sonda la profundidad del fondo para descubrir el vado, descubierto el cual, con clara luz y viento tenue, se iniciaba la navegación. Poco faltó para que nuestra nave pereciera, porque estábamos tan lejos de aquellos cúmulos de arena, que si por el espacio de medio cuadrante

determinasen echar las anclas, habríamos chocado con la cabeza del vado con ruina cierta de la nave y de la mercancía. Pero no quiso el cielo perder en el puerto a los que en el mar había conservado. Así, el 30 de agosto, día de Santa Rosa, sábado, a las cinco de la tarde, nos detuvimos en el puerto, habiendo echado las anclas.

El día 31 subimos a los botes del rey y desembarcamos en tierra, botes que había enviado con prontitud el gobernador real, Don Agustín de Robles, varón, en opinión de todos, digno de los mayores gobiernos. Besé la tierra al descender, la que, si no riego con mi sangre, al menos regaré con mis sudores. En la iglesia de la Compañía de Jesús, con mis compañeros di gracias a Dios Omnipotente, y me ofrecí para todas las cosas difíciles, propósitos que para ser constantes encomiendo a las misas de vuestra reverencia, etc.

II. *Segunda carta: Santiago, 6 de abril de 1699*

Durante tres meses permanecemos en la ciudad de Buenos Aires, hasta que, finalmente, el 24 de noviembre de 1698, emprendimos el viaje por esos vastos campos que llaman Las Pampas, y a sus habitantes, los Pampas. Tierra llana, sin árboles, regada por escasos ríos, pero con muchas lagunas milagrosamente fértiles y ricas en gramíneas. Se extienden desde las angosturas del estrecho de Magallanes hasta las riberas del Río de la Plata. Su anchura se extiende por el oriente, desde el mar; por el occidente la cierran las montañas, que empiezan a levantarse a cuarenta o cincuenta leguas de la ciudad de La Punta, o con un nombre más sagrado, San Luis de Loyola. Con ambos nombres se encuentra en los mapas.

Salimos de la ciudad de Buenos Aires por la tarde, acompañados de todos los padres del colegio; además de los jesuitas, tuvimos como compañeros de viaje el Ilustrísimo Señor Francisco de la Puebla, obispo de Santiago de Chile, y al P. Visitador de la Orden de la Merced; la primera noche la pasamos a campo abierto y las carretas sirvieron de habitación. El 25 empezamos el viaje y por la tarde nos detuvimos cerca de una aldea, de esas que los españoles llaman estancias o chacras con nomenclatura indígena, no lejos del río Las Conchas, que pasamos sin puente el día 26 con toda facilidad y en brevísimo tiempo, a pesar de ser más de treinta carretas; tampoco tuvimos dificultad en cruzar los demás ríos de la misma manera, lo que contribuyó mucho a la brevedad del viaje. Aquellas aldeas o estancias son habitadas por los esclavos de los españoles, cuyo trabajo consiste en reunir los caballos y vacunos, errantes por estos campos como hormigas, los cuales se juntan hasta en número de treinta mil y más y los llevan al reino del Perú, donde vendiéndolos alcanzan grandes sumas de

dinero, y no existe otro modo de ganarse la vida. En este día, empecé con otros padres compañeros a recorrer aquellas aldeítas, y a los hombres que encontraba los instruía y los exhortaba a la confesión, y el fruto correspondió al trabajo. Los que podían venían al lugar donde pernoctábamos, asistían a la misa y recibían la comunión.

El 28 nos detuvimos a la hora de almuerzo junto al río Luján, noble por el nombre de la Virgen María, que en su ribera tiene una capilla célebre por sus milagros y que se llama Santa María de Luján. El primero, muy conocido, fue haber sacado de las aguas a un niño indio que se estaba ahogando en el río. Se le apareció Nuestra Señora, en la misma forma de la imagen que se venera en el santuario, y con las dos manos lo sacó. El corazón me saltaba de gozo cuando veía el poder de Nuestra Madre en tierras tan desiertas y bárbaras. Y tuve la suerte, no sé por qué razón, de decir misa en la misma capilla. Encontramos aquí, y me pareció admirable, a un religioso italiano, servita o agustino, que decía que era hermano del P. Guarini, asistente de Italia, que venía del Brasil con el arzobispo de Samosata, griego, para el puerto de Buenos Aires.

El 29 pasamos el río Areco, y el siguiente, 30 de noviembre, que era primer domingo de Adviento, donde tuvimos que detenernos más porque debíamos esperar las mulas, dije tres palabras a los nativos y esclavos sobre la gravedad del pecado mortal. El fruto fue de muchas confesiones y algunas de muchos años.

El 6 de diciembre vino a nuestro encuentro el P. Procurador de Mendoza; pero se le ordenó regresar para preparar en su colegio todas las cosas necesarias para la misión. Su compañero era el P. Manuel Ovalle, profesor de gramática, que llevaba consigo como candidato para entrar en la Compañía de Jesús un joven noble y excelente; por esta diligencia mereció ser recibido en la Compañía de Jesús por el P. Procurador, y vestir en el mismo viaje la sotana de la Compañía.

El 8 de diciembre estuvimos en el lugar casi todo el día para celebrar la fiesta de la Inmaculada Concepción, lo que me dio una ocasión admirable para hacer un sermón a los asistentes sobre la gravedad del pecado mortal, aunque por la oportunidad añadí alguna cosa sobre la Inmaculada Concepción.

El 10 de diciembre llegamos a aquel punto del campo, donde parece que fijaron su reino los mosquitos de los pantanos. Ellos en tan grande multitud llenan el aire, que no dejan descansar ni comer a los viajeros. Como pudimos nos cubrimos las manos y la cabeza con la mayor diligencia posible, pero a pesar de ello muchos quedaron con las manos y los pies deformes, como recién marcados por la viruela. Este tormento duró cuatro días.

El 12 de diciembre cruzamos el Río Nono, que se llama así, formado por Dios hace algunos años con las aguas de pantanos y lagunas. Cuando nuestro procurador pasó por aquí en dirección a Europa, no había aún ni vestigio de él. Aquí tuvimos la mayor abundancia de mosquitos, de los cuales Dios nos libró el día 14 a orillas del Río Cuarto, que no cruzamos, sino que por algunos días no nos separamos de sus riberas. Suelen pasar cerca de este río los escasos y vagabundos habitantes de estos campos, cuando van de viaje. Los hombres son de color moreno, a causa del calor del sol y del aire. Llevan una vida errante, y adonde los lleva el capricho allá van, constantes solamente en cambiar perpetuamente de lugar, lo cual, además de su innata pertinacia, obstaculiza su conversión. A esto se añade la costumbre de embriagarse continuamente, en la cual están continuamente sumergidos. No tienen vino, pero tienen yerbas que mezcladas con agua caliente tienen el poder de embriagar. Su alimento ordinario es la carne de caballo, si bien cuando les ofrecen otros alimentos, no los rechazan. Dos pieles de animales usan para cubrirse a modo de vestidos tanto mujeres como hombres. A ambos pudimos ver y hablar. A sus jefes los llaman caciques, cuyas órdenes siguen en sus viajes. A sus muertos los entierran en el lugar en que cada uno muere. Junto a los cadáveres colocan comida y bebida, porque creen que el muerto vive una vida igual y necesita de las mismas cosas. Por el mismo motivo matan algunos de sus caballos y al mejor le sacan la piel y con ella cubren el sepulcro. En señal de dolor se pintan los rostros con grasa y sebo, y esto lo hacen en la muerte de parientes y consanguíneos. En vano han trabajado por reducirlos, durante dos años, dos padres de la provincia del Paraguay y perdieron completamente su aceite, su trabajo y sus pequeños regalos. Otra cosa que se opone en estas partes a la conversión de éstos y de todos los pueblos es el odio contra los españoles. Si les fuera permitido vivir entre ellos solamente a los padres de la Compañía de Jesús, sería fácil la conversión de todos ellos, como se ve en las reducciones del Paraguay, en las cuales viven solamente los jesuitas, donde no queda ningún pagano. Aman a la Compañía de Jesús como a una madre, porque han visto que siempre son defendidos por ella. De ambas cosas daré un triste ejemplo, que refiero, tomado de autores fidedignos. Uno de los gobernadores de Chile quiso, contra los decretos reales y sin ningún derecho, reducir a esclavitud a algunos indios vagabundos, aprovechándose de la maldad o ingenuidad de un sacerdote secular, que, fingiéndose jesuita, juntó fácilmente a algunos de aquellos indios y los condujo al lugar preparado para el engaño y, habiendo llegado, salieron corriendo los soldados españoles que despojaron a los indios, confiados con la protección del fingido jesuita, y los llevaron adonde se les había indicado. Los bárbaros, viendo

que nada conseguían con poner al cielo y a la tierra por testigos, mataron del modo que pudieron a sus mujeres e hijos para que el cruel yugo de la esclavitud no pasara a sus hijos y descendientes. No hay nada que conmueva los corazones ansiosos de oro.

El día 20 llegamos a Punilla, tierra sometida a la jurisdicción chilena, donde empiezan a levantarse las montañas, que los españoles llaman sierras, cuya altura en muchos lugares supera las nubes.

El día 23 pasamos el Río Quinto, de abundantes aguas cristalinas. Al siguiente día 24 entramos con el obispo a la ciudad de La Punta, donde nos detuvimos cinco días haciendo una misión con gran fruto de las almas, mientras el obispo se ocupaba en confirmar a los bautizados y en ordenar los asuntos de la Iglesia. Fuera de los padres dominicos no hay allí otros religiosos ni clérigos.

El día 29 por la tarde partimos. El calor era enorme y la falta de agua debilitaba a todos; a mí me vino fiebre el último día de 1698, pero a los pocos días desapareció.

El día 2 de enero de 1699 nos detuvimos a orillas del río Corocorto, el 6 cruzamos el río Mendoza. Estos dos ríos rapidísimos nacen de la nieve derretida por el calor del sol que desciende de aquellas altísimas montañas, que llaman Cordillera de Chile, que circunda como un muro al reino de Chile por el oriente.

El día 8, habiendo entrado al Colegio de Mendoza y a su templo, dimos gracias a Dios por haber llevado sanos y salvos por tierra y por mar a los misioneros elegidos entre tantas naciones².

El día 18, elegido con otros dos compañeros, hice el viaje a la ciudad de San Juan de la Frontera, que dista cuarenta o cincuenta leguas de Mendoza, en el séquito del obispo, en cuya diócesis se halla esta ciudad. Allí debimos trabajar lo mejor posible día y noche, catequizando, predicando, oyendo confesiones, hasta tal punto que, compadecido el obispo, puso también el hombro a la faena oyendo las confesiones de los pobres.

El día 30 regresamos sanos y salvos.

El 20 de febrero emprendimos el último viaje por la Cordillera de Chile y abandonamos Mendoza trasportados en mulas. Todas las personas ilustres tanto civiles como eclesiásticas acompañaban por consideración a los peregrinos soldados de Cristo, y a lo mejor movidos por la novedad, porque nunca, hasta entonces, habían visto tantos jesuitas juntos. No tuvimos en este viaje la compañía del obispo, que había partido algunos días antes convencido, por lo mucho que le repetían los jesuitas, de cuán

² La misión estaba compuesta de 20 españoles, 5 milaneses, 2 belgas, 2 sardos, 2 sicilianos, 1 napolitano y 1 luxemburgués.

incómodo le sería caminar en medio de tanta multitud por la cordillera, donde muchas veces el camino no deja caminar a dos juntos. Pero en lugar del obispo tuvimos la agradabilísima compañía del P. Simón de León, quebrantado por el trabajo y la edad. Recientemente había venido del Tucumán, por orden del P. General, a gobernar la provincia de Chile como visitador. Su figura es la de un santo y lo es en opinión de todos los que lo vieron u oyeron alguna cosa de él. Ya había terminado su provincialato en la provincia del Paraguay. Esta noche dormimos en tiendas a los pies mismos de la cordillera.

El día 21 hicimos la primera subida.

El día 22 almorzamos en las chozas de aquellos que pasan la vida en la explotación de las minas de oro y plata, de un modo miserable, ya sean los indios, que por el excesivo trabajo y las emanaciones del metal llevan una vida breve, ya sean los españoles, que dirigen las faenas sin ganar otra cosa que una miserable pobreza por la magnitud de los gastos necesarios de las minas, y aún más miserables, porque luchan con la pobreza y las obligaciones de su Estado. Para que se entienda esto, he aquí una breve descripción de la explotación de la plata. Primero se excavan las rocas por medio de los indios y se buscan por mano de los indios por horribles cavernas las piedrecillas, que ellos llaman metales, para convertirlas después en polvo en sus molinillos. Este polvo se ha de mezclar con sal, mercurio, etc., y se ha de remojar con agua, y todo el arte de esta mezcla consiste en que esté bien templada. Todo lo que aquí pasa para arriba, ya sea húmedo, seco, frío o cálido, pierde la plata, que naturalmente está mezclada con el polvo. La masa así preparada se seca al sol, y entonces se mete en un remolino artificial, que gira con arena y con la fuerza del agua hacia abajo, y el metal unido al mercurio va por su propio peso al fondo; se le saca de ahí y se le pone en un horno, donde por la fuerza del calor el mercurio se separa de la plata, y por fin aparece, para su dueño, la codiciada plata. De una cantidad de polvo, que llenaría una carreta de Brabante, de esas que se usan para trasportar ladrillos, si se pueden obtener 300 patacones, se considera una gran ganancia. Esto lo digo como testigo ocular, y por haberlo oído a los que dirigen estas faenas. Hay sin embargo minas de oro y plata en que con menos trabajo y mayor ganancia se hace toda la explotación, es a saber, cuando por su abundancia el metal supera a la tierra con la que está mezclado, hasta el punto de verse a simple vista, entonces lo único que hay que hacer es separar el uno del otro con el fuego. Pero esto es pájaro raro en estas tierras. Sigamos el viaje. En la tarde llegamos a un valle amenísimo, al que los cristianos llaman Uspallata, donde nos detuvimos al día siguiente, que era 23, para el descanso necesario de los animales. Los que abandonan este lugar no encuentran

pasto sino después de tres días. El día 25 pasamos el más difícil y peligroso de los pasos de esta cordillera, llamado Ladera de las Vacas, pero de éste y otros semejantes trataremos después, cuando proponga en conjunto todos los peligros y dificultades de este viaje.

El día 26 nos fue dado ver un prodigio de la naturaleza o de Dios Creador: un puente hecho de rocas con tal arte como si fuera hecho por mano de hombres, que pasa sobre un río muy rápido. Lo llaman Puente del Inca, porque el primero que pasó por él fue aquel poderosísimo rey de los peruanos. Este enseñó que estas montañas insuperables serían accesibles a los hombres, y él fue el primero que penetró en ellas movido del deseo de someter al reino de Chile. Lo que más lo dejaba atónito era que aquel mismo puente hacía brotar tantas fuentes, unas frías y otras calientes, que, rompiendo por todas partes, lo hacían semejante a una esponja estrujada destilando perpetuas aguas. Nunca el arte pintó algo semejante, porque nunca vio nada igual.

El día 27, habiendo superado las montañas inferiores por sus laderas, llegamos a lo más alto de los montes, donde las montañas se juntan de tal manera que no se da otro camino, sino por la misma cumbre, que felizmente pasamos por abajo durante una hora y media y subimos durante dos horas. La subida, principalmente por el lado izquierdo, es muy peligrosa, y subiéndola me causó horror. De tal modo queman aquí los vientos fríos, que nunca vi en mi patria nada semejante. Y apenas observamos el lugar, donde hace dos años, dos hombres murieron miserablemente de frío. A la bajada de esta terrible montaña pudimos ver lo más hermoso que pueden ver los ojos: el agua de las fuentes reunida en un inmenso lago, y aquella agua limpidísima tiene por fondo piedras azules, sin que la turbe ni un árbol ni ave alguna. Tan grato espectáculo ofrece a los viajeros que si en tal lugar se perdiera Narciso, no sería nada de lesa. Se llama Laguna del Inca y se cree que fue fabricado por orden suya.

El día 28 fue un día desgraciado para las cargas y para las mulas, pues cuando pasábamos una de las veredas más difíciles cuatro mulas cayeron de las montañas al río, que corría abajo, y fueron tragadas por las aguas. Las cargas traían libros (lo que fue una providencia divina) y por la fuerza de las aguas se detuvieron en las orillas, de donde fueron rescatadas.

El día primero de marzo nos salió al encuentro un enviado del provincial, su socio coadjutor, con una tropa de mulas, para reemplazar a las que iban cansadas.

El día 2, viéndonos libres de los peligros, dimos gracias a Dios, porque con más seguridad íbamos a hacer lo poco que quedaba del viaje.

Pero antes de terminar de escribir, describiremos brevemente aquellas terribles montañas que conseguimos pasar. Desde el estrecho de Magallanes se extiende más de mil leguas la cadena de montañas que se llama cordillera. Su mayor altura la alcanza donde termina el reino de Chile, que no tiene otro camino para llegar a él que los pasos de las montañas. Estos montes y peñascos están colocados en tal forma por la naturaleza, como si casualmente hubieran sido arrojados al suelo, porque sin ningún orden unos cuelgan de otros, no como las cabras de las rocas, sino como unos peñascos de otros. No hay arena alguna, si exceptúas los valles intermedios, sino piedras molidas por casualidad o por los pies de los viajeros. Aquí hay que ir continuamente sobre montones de piedras con peligro a cada instante de caer. Pero esto no importa nada cuando uno está en la llanura. Toda la dificultad consiste en aquellos senderos y sus peligros, que no tienen más anchura que la que dos pies pueden ocupar. Por lo cual no sólo una vez se va a la deriva, principalmente por los ríos que corren abajo, que como siempre se precipitan de lo alto, y van con tanta velocidad que ningún arte de nadar puede resistirlos. Como estos desfiladeros van de subida y de bajada, el mayor peligro es a la bajada, como es manifiesto a quien lo medita. Otro género de peligrosos desfiladeros son las gradas o escalones, hechos naturalmente o artificialmente en las rocas, tan escarpados y altos que horrorizan al que los ve. Y como también aquí corren abajo las aguas, si se cae alguno es necesario arrebatárselo a la corriente. Cada río tiene sus diferencias, y como se han de pasar una y otra vez y como no tienen más suelo que unas piedras dispersas, es fácil que la mula tropiece. Habiendo subido varias montañas, se llega a esa serie de montes, entre los cuales no hay ninguna abertura o paso y cuya subida es tan difícil como ya dije. Gracias a Dios que nos concedió un viaje feliz por estas montañas, que ya es tiempo de abandonar y pasar a la última y más feliz parte del viaje.

Este mismo día 2 de marzo fuimos recibidos con una regia cena, traída desde la misma ciudad de Santiago, en una montaña que dista tres millas del valle de Santa Rosa. Desde allí al tercer día llegamos a Chacabuco, donde el rector del Colegio de San Pablo nos recibió en una pequeña villa más que regimiento. El cuarto día, que era miércoles de la primera semana de Cuaresma, dormimos en el valle de Colina, que es una colonia de españoles, donde recibidos en casa del párroco fuimos tratados opíparamente. El quinto día llegamos a la ciudad de Santiago, término de nuestra peregrinación, saliéndonos a recibir el provincial y los demás padres, y habiendo entrado en el templo del Colegio Máximo, cantamos el Te Deum, porque, sin ningún enfermo ni fallecido, habíamos llegado

incólumes adonde nos había destinado la obediencia, sin que supiéramos adonde íbamos.

Santiago de Chile, 6 de abril de 1699.

Felipe de la Laguna, alias Van der Meeren, S.I.

III. Tercera carta: Bucalemu, 20 de octubre de 1699

Conforme a lo prometido, cumplo la palabra que di en mis precedentes cartas de escribir todo lo que aquí encontrare digno de saberse a juicio mío. Y para empezar: he aquí brevemente la topografía del reino de Chile.

Desde Coquimbo o el valle de Copiapó, en las regiones del norte, hasta el sur se extiende unas quinientas leguas, que llegan al estrecho de Magallanes. Su anchura es a lo más, de este a oeste, de veinte o veinticinco leguas, de un lado el mar y del otro las montañas, que cerca de ambos límites, septentrionales y meridionales, se extienden hasta el mar, protegido por todas partes, y rico. El resto de la tierra es una continua variedad de "Alpes" y de valles; feracísima en todos los frutos de la tierra, permite el cultivo, aunque no pide ninguno o ciertamente poco. Una casi perpetua primavera deleita aquí a los hombres y a los animales: el aire óptimo y muy sereno, leves y tenues brisas temperan el calor del sol estival, y el mismo sol, el rigor de los nublados destilando las lluvias mansamente. Es un verdadero milagro que, estando las altas montañas yertas con las nieves perpetuas y expuestas a los truenos y relámpagos casi cotidianos, no se comuniquen a los valles que están abajo ni los fríos ni los truenos; y, aún más, toda la tierra está libre de estas plagas aéreas. Por eso es más admirable que de la otra parte de las montañas, que miran al oriente, hacia el puerto de Buenos Aires, se comuniquen más el frío de aquellos montes y los truenos sean muy frecuentes. Las montañas chilenas abundan en toda clase de minerales, pero, por la escasez de gente y la pereza, casi nada se saca, a excepción de un poco de cobre, oro y plata. La tierra se recrea con aves de todas clases y de bellísimos colores. Nos fue grato ver bandadas de papagayos descansando en los árboles y en los tejados. Este animal es ingrato por sus roncros y confusos griteríos, que sin arte profiere, y por los daños que causa en los sembrados. Es riquísima en cristales de todos colores, aunque nunca han sido recogidos por los indios, lo que es admirable en hombres que apenas aprecian otra cosa que los vidrios, fuera de su ebriedad. Pero de la gente floja nunca esperes nada bueno. En este delicioso país de largas tierras, los pocos hombres son "escasos nada-

dores en el vasto mar”³. Porque a los indios los extinguió la soberbia europea en importunos trabajos o con la espada, o el mestizaje, ojalá siempre lícito. En diversos lugares habitan en rústicos albergues, aun los españoles, al modo de Abraham y de Jacob, manteniendo la vida con la crianza de ganados y rebaños. Una parroquia se extiende cerca de treinta leguas, y en tanto espacio de tierra, apenas se cuentan mil habitantes. ¿Qué tiene de admirable si el predio de un hombre rico se extiende por ocho o diez leguas? De los indios, que viven mezclados con los españoles, muchos son cristianos y saben la lengua castellana; los que están más vecinos al estrecho de Magallanes, y lejos de la comunicación con los españoles, hasta ahora perseveran en su incredulidad; trabajen lo que trabajen los veinte misioneros, fuera del bautismo de los párvulos que mueren, sacan poco fruto. Ojalá Dios se valga de nosotros, aunque viles instrumentos, para reducir finalmente a esta gente bárbara y soberbia. Los habitantes de las islas de Chiloé, donde viven los PP. Bremers y Leemputte (en español Bargas y del Pozo), todos son cristianos. En todo el reino hay dos ciudades dignas de este nombre, una es Santiago, y la otra Concepción, ambas distinguidas con sede episcopal. La ciudad de Santiago tiene además un gobernador, que lo es de todo el reino, y un senado regio, que los españoles llaman Audiencia. En seguida, una universidad, que está a cargo de los padres de la Compañía de Jesús, a excepción de que el obispo es su canciller, y por este título confiere los grados académicos a aquellos que los profesores jesuitas, después del examen acostumbrado, juzgan dignos de tales grados. La ciudad es rica y muy poderosa y, si los numerosos terremotos no lo estorbaran, se podría comparar con las primeras de Europa. Porque, embarazados por el temor, los habitantes edifican sus casas de barro solamente, enseñados con la desgracia de sus padres, que habitando sus palacios de piedra se vieron envueltos en la ruina de 1647. La mayor parte de las iglesias, sin embargo, están construidas de piedra, pero la construcción y los gastos son inmensos por la escasez de los operarios y los ingentes estipendios del trabajo. Entre los templos de la ciudad de Santiago descuella el de nuestra Compañía por la grandeza y la belleza, que ha de ser comparado con los belgas. Las demás órdenes tienen conventos e iglesias en este orden: Santo Domingo, San Francisco de los observantes, San Francisco de los descalzos o de los reformados, Colegio de San Francisco (San Diego), San Agustín, la Santísima Virgen de la Merced; ni tampoco faltan monjas de San Agustín, de Santa Clara dos monasterios, de Santa Teresa (Carmelitas). La Compañía de Jesús, fuera del Colegio Máximo de San Miguel, donde está la universi-

³ “Rari nantes in gurgite vasto”. VIRGILIO, *Eneida* 1, 118.

dad, tiene otros tres: de San Pablo, de San Francisco Javier y el noviciado de San Francisco de Borja. No hay en este reino ni capuchinos, ni carmelitas (varones). En esta ciudad, capital del reino, como ya escribimos, fuimos recibidos. Fue concedido en el Colegio Máximo un asueto de ocho días para recrearnos, porque estábamos no poco cansados de un viaje tan largo. En el refectorio fueron felicitados con oraciones latinas por su llegada los nuevos huéspedes, a la que habíamos precedido yo y dos italianos explicando las circunstancias del viaje que habíamos emprendido. No son muy versados en letras humanísticas, como los demás españoles en Europa. Por eso no es considerado persona importante el que no ha enseñado teología. A causa de la controversia de Papebroquio⁴, sospechando que este era un gran hombre, procuraban saber por la misma razón si había enseñado teología. En tan grande alegría por el recibimiento nos faltaba la presencia de los padres belgas; porque todos estaban ausentes. Habiendo pasado catorce días en el Colegio Máximo, por obediencia emprendí la misión breve, llamada del Valle de Quillota, por su principal lugar. Iba por compañero el P. Ignacio Zapata, del linaje de los grandes de España, y al P. Juan de Montefrío, alias Caudemberg, se le dio por compañero un chileno misionero, conocedor de lo que se debía hacer.

El 15 de marzo de 1699 salimos del Colegio Máximo, acompañándonos el P. Visitador y el P. Provincial (que es de familia nobilísima y habría sido Grande de España si hubiera revivido en el siglo)⁵ y casi todos los padres, y bien provistos, por cuidado de los superiores, para que no fuéramos una carga a los seglares. Ordenaron, pues, llevar al mismo tiempo las cosas necesarias, camas y carpas y todo lo que se refiere a la sustentación corporal. Así se puede predicar con mayor libertad el Evangelio. El trabajo de estas misiones es el siguiente: cada día hay que viajar, predicar, catequizar y oír confesiones hasta la media noche, y al día siguiente hasta el almuerzo. Es muy incómodo que las confesiones sean anuales, en las cuales hay que examinarlo todo por la mísera ignorancia de los indios y gente de servicio y estar del todo privados de las cosas espirituales. Pues en todo el año nada oyen de Dios, y a ninguno, fuera de los padres de la Compañía, que desempeñan entre ellos este oficio de caridad. Porque ¿quién sin estipendio soporta el trabajo y evangeliza a los pobres? Llegados a las aldeas, llamamos a los inquilinos al son de la campanilla, saluda-

⁴ Papebroquio es el jesuita Daniel Papenbroek (1628-1714), famoso por haber negado a los carmelitas el haber sido fundados por el profeta Elías, lo que desató una gran polémica.

⁵ El provincial era el P. José de Zúñiga, hijo del Marqués de Baydes, Gobernador de Chile.

mos al dueño del predio, o al administrador, y luego hacemos una exhortación sobre la gravedad del pecado para facilitar la contrición. Después nos dedicamos a las confesiones hasta tarde en la noche; al día siguiente, a la salida del sol, volvíamos a oír confesiones; uno, muy temprano, decía la misa, y el otro, cerca del almuerzo; cada uno en su misa decía algunas palabras sobre la Eucaristía u otra cosa apropiada al tiempo y a la rudeza del auditorio.

Después de cuatro semanas bajamos al valle de Quillota, que tiene mil o más habitantes; había iglesia, pero por muerte del párroco, estaba vacante; allí nos detuvimos desde el Domingo de Ramos hasta el segundo día de Pascua. Además del fruto ordinario, se reconciliaron algunas familias enemistadas, y una principal, cuyo padre anciano y un hijo en edad viril estaban muy desunidos, tanto que el padre había llegado a meterlo en la cárcel y darle de azotes, sin que lo cambiaran los ruegos de los amigos. Y para el feliz suceso fue necesario elegir el tiempo más oportuno, a saber, la noche misma del Viernes Santo. Después de Dios, todo se debe a mi compañero, que, por su conocimiento de la lengua castellana y por sus virtudes mucho más grandes que las mías, es más apto para semejantes cosas.

El día segundo de Pascua partimos hacia las playas del Mar del Sur, e hicimos la última misión en el municipio de Valparaíso⁶, por si quedaban algunos para confesarse, en la misma forma que lo habíamos hecho en el valle de Quillota. Dije "por si quedaban penitentes", porque como llegamos de improviso, ya muchos habían hecho su confesión anual. Valparaíso es un puerto de mar muy vecino a la ciudad de Santiago, al cual suelen arribar las naves del Perú. Aquí resistí fuertemente a un fabricante de fingidos milagros respaldado por la furiosa piedad del vulgo crédulo. Designado uno por la Congregación del Santísimo Rosario, que está en Santiago, llevando la imagen de la Virgen, conforme a la costumbre de los españoles, pedía limosnas para su congregación. Para que fueran mayores las limosnas, inventó que la imagen, que traía, había llorado. Con la fama del embuste, por ser cosa piadosa, fue tenido por verdadero. Por esto, muchos hombres conmovidos la condujeron de las casas, entre cirios encendidos, al templo, donde yo entonces hacía catecismo. Sospechaba yo que había engaño oculto, y así era; me había informado de que el portador de la imagen era hombre de no buena fama, dado a la bebida, y yo, bien convencido de que este modo de pedir limosnas no era cosa de Dios, y que mucho menos se podía probar con milagros, demostré fácilmente al pueblo la verdad de mi sospecha, porque implorando el testimonio de los

⁶ No era municipio entonces Valparaíso; Laguna usa en latín esta palabra: *municipio*.

testigos jurados, éstos nunca aparecían. El impío embustero por miedo a una pena mayor confesó y al punto fue entregado al obispo para que lo castigara. Y así el asunto se hizo humo.

Después de haber recorrido algunos predios por altísimos y ásperos montes, donde pisamos las nubes con los pies, con gran mortificación nuestra por el frío intolerable y los vientos sutiles, llegamos al valle de Limache, donde la casa del párroco y la capilla son bellísimas. Aquí nos detuvimos tres días; eclipsó a todos el fervor de los hombres que se azotaron dos noches durante el canto del Miserere. Para poder socorrerlos a todos, una vez fue necesario abandonar a mi compañero: por ásperos pedregales, solo me dirigí a las minas para asistir a aquellos miserables, que la ciega codicia condenó a las minas: nunca vi gente tan miserable en lo espiritual y en lo temporal entre los españoles y los indios. Cuando me iba, después de haberme detenido un día, las piadosas e importunas preces de todos me obligaron a quedarme otro día para que pudiesen gozar de nuevo del Divino Sacrificio, del que habían estado privados tanto tiempo.

Y así, contentos por haber terminado la misión con fruto, volvimos a Santiago. El día 14 de mayo, con siete compañeros, fuimos a Bucalemu a hacer la tercera probación, ya que probablemente será éste el último año en que podré gozar de la compañía de mi carísimo amigo Juan de Montefrío, alias Caudemberg, porque la mayor parte de los colegios y misiones distan entre sí por lo menos ochenta o cien leguas. Esta casa de Bucalemu está separada de Santiago por veinticinco millas, en montes desiertos, no lejos del océano Pacífico. En seis leguas alrededor no habita ningún mortal, fuera de nuestros esclavos, que viven en diversos lugares en chozas para apacentar rebaños y ganados, que es aquí la única forma de ganarse la vida.

Desde Bucalemu, etc.